

toco el agua y luego.....una docena de tiburones se acercan.....sigue un silencio absoluto, mientras en el lejano horizonte sale grandioso y solemne el sol, sobre el inmenso oceano!

CAPÍTULO VII.

El Nuevo Mundo.

Es admirable como se demuestra en nuestra vida con frecuencia una coordinación superior de circunstancias, que nos explicamos mas tarde en el ocaso de nuestra existencia.

Es verdad, que el hombre, por su libre albedrío, es el creador de su destino y de su suerte. Puede por medio de su actividad aumentar y perturbar la marcha del mundo moral, y todo el género humano, desde el mendigo hasta el rey, es por consiguiente en conjunto cada uno segun sus fuerzas, el creador de este mundo moral. El

hombre solo desarrolla sus tendencias innatas en él como todas las cosas del mundo visible pero con la diferencia que solo su libre albedrío le hace acreedor al castigo y á la recompensa, así como sus sentidos saben hacer diferencia entre el bien y el mal.

Así sucede en el mundo moral; mas en la marcha de la historia, tiene el hombre que sugetarse aunque no quiera á las circunstancias exteriores, y estos influyen entonces en su destino con determinacion frecuentemente muy original.

¿No habia sucedido á Alejandro de Humboldt, con respecto á sus grandes proyectos de viage, una cosa bastante original? Tambien la enfermedad dominante á bordo del *Pizarro* originó una modificacion de este proyecto, demasiado grave en sus consecuencias. Los pasajeros que hasta entonces aún no habian sido contagiados por la enfermedad; atemorizadas por la malignidad de la fiebre, tomaron la resolucion de desembarcar en el primer puerto que tocasen, y llegar á Cuba y México por otro conducto. Con este fin lograron convencer al capitán, á que anclara en Cumana, puerto situado en la costa noroeste de Venezuela, donde pudieron desembarcar los pasajeros. Esta circunstancia determinó tambien á Humboldt y á Bonpland, á modificar su plan, y á visitar ántes las costas de Venezuela y el Perú, poco conocidas en aquella época. De este modo fué como la enfermedad casual motivó los grandes descubrimientos de Humboldt en

aquellas regiones y en el Orinoco, hasta los limites de las posiciones portuguesas en el Rio Negro.

Estos eran puntualmente los países por los cuales se habia entusiasmado Alejandro con Forster y que desde su infancia anhelaba ver y conocer; investigarlos y explorarlos habia sido su deseo y el objeto de su vida.

Al anclar el buque en Cumana, despues de una navegacion de cuarenta dias, contemplaba Alejandro con deleite los grupos de cocoteros que adornaban la costa y cuyos troncos, de una altura de mas de sesenta pies, imprimian al paisaje el carácter de los trópicos. El valle estaba cubierto con arbustos de cacia, caparis y mimosas arbóreas, que semejantes á los pinos de Italia, extendian sus ramas al modo de un abanico. Las hojas de las palmas por su color contrastaban con el azul del cielo, que no enturbió ni el mas ténue vapor. Violentamente subió el sol hasta el zenit, una luz espléndida estaba difundida en la atmósfera, reflejando mágicamente en los cerros cubiertos con toda clase de nopales, mientras en las playas pululaban garzas, flamencos y alcatraces; pelícanos triqueños del tamaño de un cisne de arqueado pescuezo, extendian su largo pico orgullosamente, lo mismo que las alas, y se movian nadando ó andaban pesada y toscamente sobre la playa.

La brillante luz del dia, la intensidad de los colores de las plantas, las figuras maravillosas de los vegetales, el plumaje y la multitud de aves, *todo, todo llevaba el sello grandioso de la naturaleza tropical.*

—¡Oh qué abundancia de nuevos conocimientos, qué estudios tan grandes se nos presentan aquí! exclamó Humboldt entusiasmado.

¿No se había enriquecido su saber durante la navegación? ¿No se ligaban á sus investigaciones zoológicas y al estudio de las algas las mas importantes observaciones?

Utilizando el material, que le ofrecieron las ciencias, Alejandro había hecho experimentos *sobre la temperatura del aire*, por haber observado, haciendo abstracción del cambio de las estaciones y del punto relativo de la tierra, una notable diferencia entre la temperatura de la atmósfera del mar y del continente, encontrando en el océano una temperatura generalmente mas alta que la de la atmósfera, y el motivo que no se puede restablecer el equilibrio entre los dos elementos, á causa de los vientos y la absorción del calórico, durante la evaporación del agua, en cuyo caso se absorbe siempre el calor.

Otro estudio muy interesante hizo Humboldt respecto del *azul del cielo*. Su vista no solo se deleitaba con la magnífica transición del suave verde del mar hasta el hermoso amarillo y encarnado del cielo; no solo se impresionó, como un simple admirador de la naturaleza, instantáneamente á la vista del color azul de la bóveda celeste, sino que meditó profundamente sobre la causa y efectos de este fenómeno, y de este modo fué *el primer naturalista* que hizo *observaciones científicas sobre los colores del cielo en la mar ecuatorial*. Después de haber llamado Deluce, en el año de 1763, la atención sobre el

color particular del cielo, investigando sus causas y condiciones, inventó Saussure en el año de 1790 un aparato, que llamó «cianómetro», para indicar por medio de tablas de colores en escala creciente desde el azul mas intenso hasta el mas claro, el grado del azul del cielo en cualquier momento. Humboldt hizo en este viaje una gran aplicación de este instrumento, sacando por el grado del calor la acumulación y la naturaleza de los vapores no transparentes en el aire. Con este objeto observó el color y la figura del disco del sol al salir, reconociendo en ellos la duración del buen tiempo, y el silencio ó la fuerza del viento y *como una señal segura de una tempestad cercana, la palidez y el dilatamiento del disco solar*. Del mismo aparato se sirvió para medir el *color del mar*, que por lo general es verde, y encontró tambien cambios que hacen variar con el cielo sereno frecuentemente el color de la mar desde el mas intenso azul de añil, hasta el verde mas oscuro y gris de pizarra, sin la menor influencia atmosférica, encontrándose ademas que la expresión, «el océano refleja el cielo» es una figura enteramente poética, por no estar fundada en la naturaleza, y porque el mar es algunas veces azul, mientras el cielo aparece cubierto con nubes blancas. Fuera de estas observaciones adquirió Humboldt otros conocimientos enteramente nuevos, respecto al *grado de humedad en la atmósfera, así como al de la electricidad é inclinación de la brújula*.

¡Cuántas nuevas experiencias y aumento de saber le había proporcionado el Nuevo Mundo!

En la noche del segundo día que pasaron en Cumana, dijo el capitán del *Pizarro* á Humboldt y Bonpland:

—¡Bien! señores; ayer os he introducido en la casa de D. Vicente Emparan, gobernador de Portobello y Cumana, y creo que ha sido para vuestra satisfacción; ahora vengo á invitaros para una tertulia de parte del mismo señor.

—Os estamos muy agradecidos, señor capitán, contestó Humboldt con apacibilidad. Ya vuestro consentimiento en anclar en Cumana ha sido una grande complacencia de vuestra parte con respecto á todos los pasajeros y aquí.....

—¡Vaya! le interrumpió el capitán, ¿Porqué no habia de servir gustoso á los hombres de la ciencia? es verdad que yo entiendo poco de erudición, porque no soy mas que un simple marinero y tengo que hacer bastante con mi *Pizarro*, su curso y tripulación; sin embargo, se tiene respeto y estimación á los hombres que inventan siempre cosas nuevas y son muy útiles al mundo por su saber; pero apresuraos, la reunión nos está esperando.

Humboldt y Bonpland obedecieron y pronto se hallaron en camino en compañía del capitán.

—¿Iremos á la casa del gobernador? preguntó el jóven francés.

—No, contestó el capitán, que fumando un puro, andaba al modo de todos los marineros entre los dos viajeros. (Humboldt comparó para sí su modo de andar con el de un pelícano.) No, nadie se halla en su casa por la

noche en este país de dioses, sin embargo os sorprenderéis por el camarote á que os llevaré; añadió el capitán con una sonrisa que brillaba en su rostro cobrizo.

—¿Y no sabremos nada de nuestro capitán respecto de este camarote? preguntó Bonpland con la jovialidad innata en él, y que es tan grata á los viajeros.

Pero el capitán movió la cabeza sonriendo y contestó:

—Nada os diré, ni siquiera por una cubeta llena del mas delicioso *grogg*. Vosotros, las *raías de la tierra* teneis una curiosidad endiablada, pero á nosotros las *raías del agua* se nos enseña á estar callados al andar por meses enteros en el también silencioso mar: Esperad pues, hasta que anclemos.

Los viajeros se sometían riendo.

Llegaron por fin á uno de los barrios de la ciudad habitado por los indios caymas. Apenas se puede describir, cuan sorprendente es para un europeo, que por primera vez tiene á la vista una escena de esta clase. Se le presentan casi como espectros, figuras de hombres y mugeres de color trigüeño, medio desnudos, cubiertos solamente con una corta camisa de género de algodón... tienen los muslos mórbidos y carnosos, los ojos negros y hundidos, sombreados por espesas pestañas, con los pómulos salidos, los cabellos tiernos y lisos; las facciones graves y taciturnas; mientras los niños enteramente desnudos aparecen á los ojos como medio monos, medio diablillos. Y cuán interesante se hace esta escena, recordando los cuadros de fantasía juvenil, desde los cuen-

tos de los viajes de Robinson de Campe, hasta las descripciones de Cooper.

Lo extraño, sorprendente y nuevo de esta vista, tiene para el europeo un encanto que no puede espresarse.

Tambien Humboldt y Bonpland sintieron esta impresion, solo que ella se asociaba al interes científico. Apenas pudieron detenerse en buscar desde luego puntos de contacto entre los indios, para sus investigaciones, porque tenian que obsequiar la invitacion del gobernador.

El camino pasó por un monte de nopal á la orilla del rio *Manzanares*, á donde dan sombra los tamarindos, el palo del brasil y otros árboles que se distinguen por su follaje y su flor. Todo el rio estaba cubierto con niños de los indios, que parecian estar allí como en su casa, mientras otros, enteramente desnudos, estaban acostados en la orilla, cavando con empeño en el suelo para encontrar cientopíes, de diez y ocho pulgadas de largo y siete líneas de ancho, sacándolos con júbilo del suelo y comiéndoselos en seguida. (1)

Humboldt y Bonpland sintieron horror viendo esto; mientras el capitan del *Pizarro* prorumpió en una imprecacion de marino.

(1) Creemos que el autor se ha equivocado al decir que los niños comían cientopíes; nos parece que debe referirse á las lombrices de tierra, que son unas pequeñas culebras.

—¡Verdaderos diablos, estos índitos! dijo alega-mente. Comerian al fin carne humana, si el gobierno no lo impidiese; pero D. Vicente Emparan es el hombre para eso. A propósito del gobernador, ¿cómo os recibió ayer, al entregarle vuestros pasaportes extendidos por el ministerio real de España?

—Nos recibió con la franqueza y noble sencillez que siempre ha sido peculiar al carácter del pueblo vascuense, dijo Humboldt.

—¡Es en efecto un valiente! contestó el capitan. Antes de ser nombrado gobernador de Portobello y Cumana, se habia distinguido como capitan de buque en la marina real.

—Me parece, dijo Bonpland, pasando la mano sobre la frente, que he leído algo de una persona del mismo apellido.

—Puede ser muy bien, opinó el capitan. El apellido Emparan recuerda un par de marinos del mejor calibre.

—Parientes del gobernador?

—Sus hermanos.

—Y sus hechos?

—La historia de ellos es tan célebre como trágica.

—Referídnosla.

—Después del último rompimiento entre España é Inglaterra, se batieron ambos hermanos durante una noche en el puerto de Cádiz en sus respectivos buques, por haber tomado cada uno al otro por enemigo. La lucha fué

tan terrible y encarnizada, que casi al mismo tiempo se sumergieron los dos buques. Solo una pequeña parte de ambas tripulaciones se salvó, y los hermanos tuvieron la desgracia de reconocer su equivocacion cuando moribundos ambos, se sumergieron con sus buques en la mar.

—¡Qué fin tan trágico! exclamó Humboldt.

—¿Y qué dijo D. Vicente respecto de vuestros proyectos? preguntó el capitán.

—Se expresó en términos muy benévolos sobre el particular, contestó Humboldt. El opinó, y con razon, que la Nueva Andalucía se conoce en Europa solo de nombre: las ventajas que produjeran nuevos descubrimientos para hacerla conocer, serian provechosas para ambas partes.

—¡Es cierto!

—También confirmó, que las serranías de esta provincia y las orillas de los numerosos rios, ofrecen un vasto campo al naturalista para sus exploraciones.

—¿Y no os ofreció su ayuda y proteccion?

—Lo hizo y se mostró muy bien dispuesto.

—En esto le conozco. Además, habeis sido muy bien recomendados por el gobernador español.

—Gracias á la amistad del noble D. Mariano Luis de Urquijo! dijo Alejandro Humboldt con calor.

Los viajeros habian subido una colina, sobre la cual se hallaba un edificio fortificado, que dominaba la ciudad. Era el castillo de San Antonio, que tenia una vis-

ta pintorezca, contrastando agradablemente con la pared oscura de las montañas, cuyas cimas se hallan en las regiones de la nieve eterna.

Mas hermoso era aún el punto que encontraron algunos pasos mas adelante en las ruinas del viejo castillo de San Antonio. La brisa fresca del mar les saludó de un modo agradable, supuesto que hacia un calor tropical, y ante ellos se presentó una vista deliciosa hácia la ciudad y el puerto.

También allí habian de saber luego, en que país tan maravilloso se hallaban.

A lo léjos, sobre la playa de rocas en el estrecho de Araya, se veian las puntas de las altas montañas de la isla Margarita. Hácia el poniente, recordaban los islotes Caracas, Picuito y Boracha, las horribles catástrofes, que destruyeron la costa de Tierra Firme.

Estas islas se presentaban á la vista como obras de fortificacion, y calentando el sol las capas inferiores del aire, de la mar y de la tierra de un modo desigual, aparecieron las puntas de dichas islas, elevadas como por encanto; á consecuencia del fenómeno llamado *Fata Morgana*, lo mismo que los extremos de los grandes cabos de la costa.

Bruscamente, y sin crepúsculo, circunstancia propia de aquellas regiones, entró la noche, y así desapareció como por milagro, el fenómeno mencionado, volviéndose á ver las masas de las rocas en el lugar que realmente

ocupaban. El sol, que dá vida á la naturaleza orgánica, parecia por un cambio de refraccion en sus rayos, mover de sus lugares las rocas firmes, y dar un movimiento de oscilacion á las áridas llanuras de arenales (1).

Sorprendidos y con un alto interes, observaban los dos amigos este fenómeno grandioso, hasta que el capitán interrumpió su silencio con las palabras siguientes:

—Señores, ahora ya es tiempo de que vayamos á obsequiar la invitacion del gobernador. Está saliendo la luna y esta es la señal para la reunion. Os traje por aquí para enseñaros la vista de ese fenómeno y la Fata Morgana; además, dentro de diez minutos volveremos, estarán en las orillas del Manzanares.

—¿Es decir, iremos á ver el rio? preguntó Bonpland.

—El bienhechor de estas regiones! dijo el capitán. Un rio, cuya temperatura en tiempo del flujo baja á 22 grados de calor, mientras el termómetro señala 30 hasta 33°, es en efecto un gran beneficio en un país, donde domina por todo el año un calor insufrible, y que dan ganas de estar todo el dia en el agua.

—Por Dios! exclamó Bonpland; ya estoy creyendo en los cuentos de un mundo mágico, y nada extraño será ver en este país los peces paseándose en la tierra y á los hombres viviendo en el agua.

—Bien, señor naturalista, dijo el capitán alegremente, parándose por un momento. Para ver lo último, no te

(1) Humboldt, viaje á las regiones equinocciales, tom. II, pág. 216.

neis que andar muy léjos. Los niños v. g. pasan en efecto la mayor parte de su vida infantil en el agua, como habeis visto (1). Pero, silencio! Hemos llegado al jardin del gobernador, y preparaos á ver realizados uno de vuestros cuentos fantásticos.

Y en efecto, el lugar á donde llegaron, parecia ser la mansion de una hada.

El rio Manzanares viene de las altas mesas descendiendo de la pendiente Sur del cerro de San Antonio, corriendo allí tan magestuosamente con sus aguas cristalinas, y sombreados por caobas y erictrinas, gigantes cas, que era un deleite seguir su curso con la vista.

Todo el parque, alumbrado por la luz de la luna, tenia un aspecto alegre, y contrastaba de un modo extraño con las altas cordilleras que se elevaban en el fondo: Aves con un plumaje brillante y magnífico, altas palmas movidas suavemente por la brisa nocturna, una especie de laurel que se hallaba en espesos grupos, sobresaliendo con sus copas á una altura de cien piés, mientras en su follaje resonaban cantos alegres de muchos pájaros.... todo esto daba á la naturaleza un aspecto singular, y grandioso, y de una armonía encantadora é inesperada.

La impresion fué tan imperiosa, que Humboldt y el mismo Bonpland, por naturaleza tan alegre, siguieron callados al capitán.

(1) Hechos positivos. Viajes etc. tom. II, pág. 226.

Pasaron luego por un jardín bien dispuesto, situado en un terreno que tenia un suave declive hácia el río Manzanares. Una multitud de flores, exuberantes en su figura, color y aroma, como jamás las habian visto los viajeros, les saludaron, y sin embargo, algo de extraordinario les llamó la atención de tal manera, que olvidaron aun á las hijas de Flora.

Era esto un edificio no muy grande, construido en estilo elegante, que solamente consistia en dos pequeños salones, por cuyas puertas podian ver Humboldt y Bonpland.

La vista del primer salon desde luego fué sorprendente para ellos... En los sofás que estaban colocados junto á las paredes, se veian tendidos á lo ménos veinte vestidos completos de señora, en bastante desórden, como si sus bellas dueñas los hubiesen quitado con mucha prisa. Algunas criadas medio desnudas, de la tribu de las *Caymas*, estaban paradas sin moverse y reclinadas en las columnas que sostenian el salon.

—¿Pero con mil demonios, qué significa esto? preguntó con *vehemencia* Bonpland.

—Lo vereis luego! contestó el capitán lacónica y misteriosamente.

—Capitán, dijo Humboldt parándose, no querreis acaso.....?

El capitán prorumpió en una gran carcajada.

—Seguidme! dijo al fin. Estamos en el jardín del gobernador.

Dos criados de color cobrizo y medio desnudos, abrieron la puerta del segundo salon, dejando pasar á los señores.

Mas con asombro notaron allí tambien unos vestidos, con la diferencia que eran de hombres. Antes de que pudieran manifestar su sorpresa, ya uno de los criados les habia quitado los vestidos, entregándoles una camisa corta de algodón, y un par de pantalones blancos tambien del mismo género, con un ceñidor para que se fajaran.

Humboldt y Bonpland, no sabiendo que pensar de todo esto, se detuvieron, cuando el capitán se les presentó en su metamórfosis. Los vestidos muy lijeros, (para ojos y costumbres euro peas no se podian llamar con ese nombre) le venia muy bien. Su ejemplo les animó, y en pocos minutos habian cambiado sus trajes, poniéndose los arriba mencionados. Un criado les presentó luego un puro de la Habana, y otro traje lumbre.

Después de haber encendido los puros, dijo el capitán:

—Ahora adelante, señores, á la reunion!

Empero Bonpland le contestó diciendo:

—¿Qué vais á hacer, señor? quereis acaso que nosotros nos presentemos así..... y las señoras, cuyos vestidos están allí?

—¡Vaya con miles de estrellas y brájulas! dijo el capitán riendo. No he conocido hasta ahora un francés de vuestro género. ¿Teneis acaso miedo á las señoras?

—No, por Dios! exclamó el jóven con ojos chispeantes; pero.....

—Pero venid y ved ántes! continuó el capitán casi enojado. Es verdad; aquí no estamos en Paris..... costumbres del país..... En una tierra donde el hombre está tan cerca del estado natural, como aquí, no es chocante hacerse soportable la vida de todos los modos permitidos.

Dicho esto, se adelantó el capitán, siguiéndole sus dos compañeros. Se oía ruido de voces y de risas de mucha gente.

Mas qué espectáculo se les presentó entónces!

Ante ellos se hallaba el Manzanares, alumbrado por la luna, y entre árboles de tulipanes cubiertos con numerosas flores.

En medio del río, estaban sentadas sobre sillas que habian traído formando círculo, una gran reunion como de veinte señoras, y el mismo número de señores. Todos pertenecian á las primeras y mas ricas familias de Cumana, que fumando, platicando y chanceando, estaban sentados en medio del río, gozando de la hermosa noche. El gobernador y su esposa hacian los honores. Jóvenes de la tribu de las *Caymas* ó *Zambos*, (1) cubiertas solo con una camisa blanca de género de algodón, sin mangas, servian limonada, confituras, puros y cigar-

(1) Mezcla de negros é indios.

ros; porque también las señoras, vestidas de túnicas blancas que mojadas por el agua, se ajustaban estrechamente á su cuerpo, tenian la costumbre de fumar (1).

Esta escena era para Humboldt y Bonpland tan sorprendente y de tal manera les confundió, que con dificultad guardaron su presencia de ánimo en frente del gobernador y las demás personas. Pasado algun rato tenian que conceder en su interior lo siguiente: que una noche tan magnífica, en un país tan cálido y en una sociedad agradable, jovial y en cierto respecto encantadora, pasada en la corriente refrescante del *Manzanares*, debia ser un goce de que no se tenia ni remota idea en las demás partes del mundo.

Bonpland se hallaba enteramente extasiado, y si la luna no hubiera dado una luz tan clara, habria abrazado en su deleite al capitán, que estaba sentado junto a él y no se movia porque se hallaba muy á gusto.

¡Qué alegres eran en efecto todas esas jóvenes con sus inocentes vestidos! Ellas platicaban segun la costumbre del país: de la sequía general de la estación, de los fuertes aguaceros que habian caído en los distritos vecinos y principalmente del lujo que las señoras de Cumana echaban en cara á las de Caracas y la Habana. No se dejaban interrumpir ni por los pequeños *bavas*, (una especie de lagarto de cuatro piés de largo), porque

(1) Hechos positivos: vísate á las regiones equinociales, tom. II, p. 226.

sabian que estos animales jamas acometen á la gente. Un bullicio general solia causar la aproximacion de algunos delfines, asustando á las encantadoras hijas de Cumana, con los chorros de agua que despedian por las narices.

Muy divertido era entónces ver y oír los gritos, las risas y los brincos, mostrando en tales ocasiones por los vestidos lijeros impregnados del agua y muy ajustados, las formas del cuerpo de cada una de las señoras con una plástica indescriptible.

Bonpland estaba poseido de un gran deleite, y dirigia su atencion á todas partes, aunque una de las sirvientas, una pequeña zambo, que tenia apenas catorce años, le habia hecho una profunda impresion. Era en efecto, un ser encantador. Sus mórbidos y torneados miembros de color mas trigueño que los de los indios *caymas*, eran realzados por la luz de la luna á través de sus lijeros vestidos blancos. Sus miradas eran las de una niña, y sus ojos negros sombreados por largas pestañas, miraban con tristeza; en su modo de ver habia una mezcla de melancolía y de afectos ocultos. Las manos eran pequeñas, de manera que el jóven francés en cada ocasion que la pequeña niña le ofrecia dulces en un platillo de plata, hubiera preferido mejor tomar sus manecitas que las confituras.

Por fortuna se hallaba á su lado su amigo Humboldt, quien le imponia por su apacible y digno continente, lo

que hizo detenerse á Bonpland que fácilmente se apasionaba.

Humboldt platicaba casi siempre con D. Vicente Emparan, que parecia haber tomado mucho interes por él y por las ciencias naturales. Alejandro habia reconocido en el gobernador la primera vez que le vió á un hombre de inteligencia y de buena educacion. Engolfados en una conversacion muy animada, preguntó el gobernador á Humboldt, si creía que el aire atmosférico en los trópicos contenia ménos ázoe que en España, ó si la mas violenta oxidacion del fierro en los trópicos, era motivada por el mayor grado de humedad que señala el higrómetro?

El sonido de las palabras ázoe, óxido de fierro, é higrómetro era para Humboldt lo que para el viajero la palabra *patria*, cuando la oye pronunciar en una tierra lejana despues de una ausencia de muchos años. Alejandro sabia muy bien, que á pesar de las órdenes de la corte de España, y las recomendaciones de un ministro poderoso, tendria que luchar, sin embargo, durante su permanencia en las colonias españolas, con innumerables disgustos y obstáculos, si no conseguia despertar interes en los gobernadores, los verdaderos soberanos de estos vastos territorios. Por este motivo veía con placer, que habia inspirado interes al gobernador Emparan.

Este tenia buena educación y era demasiado amante de las ciencias, para hallar extraño y sospechoso, como lo hacian muchos gobernantes de las Colonias, que

Humboldt y Bonpland hubiesen venido de tan gran distancia solo para coleccionar plantas y determinar astronómicamente las alturas de las montañas, y la situacion geográfica de algunos puntos. (1)

Sin el menor recelo, el gobernador colmó á Humboldt y Bonpland de finas atenciones aquella noche, prometiéndoles en todos casos su eficaz proteccion y ayuda.

Así llegó la media noche ántes de que se disolviera la reunion, todos muy satisfechos de haber pasado unas horas tan divertidas.

(1) Humboldt: Viajes etc.

CAPITULO VIII.

Amor silencioso.

Las primeras semanas de su permanencia en el Nuevo-Mundo, habian pasado rápidamente para Humboldt y Bonpland.

Habian arrendado una casa amplia y muy á propósito para hacer observaciones astronómicas, por lo cual se hallaban muy á gusto. Se gozaba en ella, cuando habia brisa en la mar, de un agradable fresco, aunque las ventanas no tenian vidrieras, segun la costumbre del país en aquella época, mientras arbustos llenos de flores odoríferas daban sombra á las piezas á la vez que una hermosa vista.